
Molina Morel

UNA EMPRESA *de* TRADICIÓN

Por Sandra Gutiérrez_Fotos Vivi Peláez

LLEVA MÁS DE 60 AÑOS SOBREVIVIENDO A LAS INCLEMENCIAS DEL CAMBIANTE MERCADO INMOBILIARIO, PERO LA CONSTRUCTORA MOLINA MOREL SIGUE FIRME SOBRE LOS CIMIENTOS EN QUE FUE LEVANTADA: LA FAMILIA. HOY, A SUS 83 AÑOS, SU TIMONEL Y FUNDADOR, GERMÁN MOLINA, RECUERDA CÓMO NACIÓ SU COMPAÑÍA Y REVELA EL SECRETO DE LA LONGEVIDAD EN LA CONSTRUCCIÓN.



La historia, considerando su desenlace, empieza a una escala pequeña: con una casa. Luego, ese proyecto se convertiría en dos viviendas, luego en cinco y así, como si se hubiesen montado una encima de la otra, llegó el primer edificio. Los 63 años de la constructora Molina Morel no han sido una trayectoria de éxito inmediato, sino una sucesión de acontecimientos que, al igual que el sector inmobiliario, está llena de altos y bajos, incluso teniendo que empezar con esa primera casa no una sino varias veces.

Ahora esos tropiezos no son más que un cúmulo de anécdotas en la memoria del fundador de la empresa, el constructor civil Germán Molina, quien, a sus 83 años, se sienta sonriente en su espaciosa oficina en los cuarteles generales de la constructora, en el sector de Américo Vespucio con avenida Presidente Kennedy. Ahí, rodeado de sus hijos, el actual motor de Molina Morel recuerda sus inicios.

“El nacimiento es muy simple. Yo me recibí de constructor en el período en que estaba muy baja la actividad. Entonces pensé en conseguir trabajo en alguna empresa, pero me di cuenta de que no era posible. Ahí me puse a hacer de todo lo que puede hacer un constructor de manera independiente, cosas pocas”, cuenta Germán y recuerda que por esos días arreglaba techos y pintaba casas como trabajo estable.

En 1949, a los 23 años, el padre de Violeta Armas, su entonces novia y futura esposa, le encargó la construcción de una casa, proyecto que inauguraría Molina y Tagle Ltda., sociedad que encabezó junto a su amigo Jorge Tagle Cerda. Luego de que este último viera sus intereses inclinados hacia el sector agrónomo, Germán se asoció con su hermano, el arquitecto Eugenio Molina, para formar Molina Morel y Cía. Ltda., don-

de también participaron otros miembros de la familia como socios capitalistas.

CAER Y VOLVER A CONSTRUIR

Con la dupla de hermanos a cargo, Molina Morel empezó a ganar reconocimiento en el sector inmobiliario al hacer de sus edificios de departamentos una marca registrada. Eso, además de ser pioneros en la utilización del ahora clásico “departamento piloto”. Sin embargo, la caída del sector producto de la alta inflación, a finales de los '60, puso a Molina Morel al borde de la quiebra: hubo que despedir al 90% de sus trabajadores. Estos pensaron que se trataba de un boicot al gobierno del presidente Allende y respondieron tomándose las obras, colgando un muñeco que simbolizaba a Germán Molina en la última viga de un edificio en plena construcción en Américo Vespucio.

“Ahí empezamos de nuevo: con una casita y otra casita. El sector es así. Cuando la cosa se pone buena, todos construyen, pero se entra en crisis y todos desaparecen. Por eso fue tan importante cuando cumplimos 60 años en 2009”, dice Germán Molina.

Luego de la crisis gatillada por la llegada del gobierno de la Unidad Popular, hubo un segundo auge del mercado que se terminó con la crisis económica de 1982. “El papá siempre ha sido muy cauto”, cuenta el actual gerente general y único hijo constructor de Germán, José Molina. “Siempre supo que cuando uno se endeudaba, no podía hacerlo por más de lo que uno podía pagar y nunca hacerlo mientras la obra anterior no estuviera saldada. Siempre hemos tratado de financiar nuestros proyectos; por esa razón, cuando todas las otras constructoras caían nosotros siempre nos manteníamos en pie”.

Fue así como, en 1985, con una gran carga de deudas, Molina Morel, a través de un préstamo bancario, se hizo de dos hectáreas de terreno entre el actual Hotel Hyatt y el mall Parque Arauco. La apuesta era construir dos complejos de departamentos de cuatro pisos y luego, dependiendo de cómo les fuera, construir el resto del terreno. Si no había éxito, se dejaba la obra hasta ahí.

El escenario era incierto, pero, contra todo pronóstico, los departamentos se ven-

dieron en menos de una semana, lo que permitió no sólo que se construyera lo que quedaba, sino que también le dio a Molina Morel el capital para pagar el proyecto y las deudas que acarrearaban desde el '82. Éste fue el impulso que la constructora necesitaba y que dio pie a un nuevo inicio.

TRAYECTORIA Y TRADICIÓN

Si bien el nombre y el logo de Molina Morel son elementos reconocibles hasta por aquellos que menos saben de construcción, según José Molina la empresa constructora fundada por su padre no es una que se caracterice por su tamaño.

“El nombre de Molina Morel se ha hecho a punta de tradición. No somos una de las empresas más grandes del país; somos una empresa familiar, donde mis hermanas Violeta y María Luisa son la principal arquitecto y la encargada del área de publicidad y diseño, respectivamente”, cuenta José Molina. “La constructora se ha hecho conocida porque son pocas las que han sobrevivido tantos años y también por el slogan que creó el papá: ‘Molina Morel Cumple’”.

Pero la raíz familiar de la empresa va más allá. La sociedad se inició con el apoyo del hermano de Germán, Eugenio, en el aspecto arquitectónico, para luego involucrar a varios parientes como socios capitalistas. Luego, Violeta Armas de Molina, esposa de Germán, asumió como vicepresidenta del directorio. Y si bien hoy sólo hay tres de los siete hijos del matrimonio permanentemente involucrados, todos han pasado de una u otra forma por sus oficinas.

“Todos crecimos con la construcción a nuestro alrededor”, dice José Molina. “Yo siempre quise ser constructor civil y fui el único que siguió la vocación del papá. Otros salieron ingenieros comerciales, otros arquitectos, pero el papá era siempre de llevarnos los sábados a visitar las obras. Crecimos en eso, y así mismo lo hice yo y llevé a mis hijos cuando eran más chicos. ¿Verdad, papá?”

Germán Molina, sentado frente a su hijo en la mesa de reuniones de su oficina, no puede evitar mostrar una sonrisa y asentir. A sus 83 años, es evidente que aún recuerda esos días con emoción.